

EL MIRADOR DEL NORTE

Joaquin GeDe



Image not found.

Capítulo 1

"Soy Ketu, de Camerún, y hoy, desde este lugar, miro al norte. Tomo posesión en esta atalaya, que es el promontorio de la ciudad vieja de Yemali, para dejar constancia de mis pesares, de nuestra hambre, de vivir en tinieblas y recobrar a mi hijo".

Este es el mensaje que llegó con una paloma –dijo Gabriel, el custodio-. Se posó sobre la baranda metálica y extraje la misiva.

>>Estoy apoyado sobre la baranda metálica contemplando cómo se desvanece el horizonte. He anotado la hora de entrada de la guardia en el cuaderno diario, he apuntado la calma y sin novedad. Este es mi mundo de atardeceres vigilantes, de lunas crecientes y estrellas con pulsos de luz trémula. Es aburrido mantener la vista todo el tiempo. La inmensidad del océano es monótona cuando la mar está en calma y solo se escucha el murmullo de la rompiente. Las carreteras marinas vienen directamente hacia donde estoy, como si fuera el agente de peaje de la autopista oceánica. Se desvanecen con las sombras. Una repentina niebla empujada por la brisa se descubre con el haz de la luminaria; pasa ligera y liviana como una ola moribunda dejando gotas de mar salobre sobre mi piel. Soy Centinela y guardián del bienestar, escudriño el horizonte del sur con prismáticos delatores, espero alerta las invasiones de los hombres oscuros. Todo en calma y sin novedad. Me siento solo.

>>He respondido al mensaje de Ketu: "En todos los mundos hay infiernos. Yo perdí a mi hijo sin irse. Lo perdí en los profundos pozos de la droga. Tengo órdenes precisas: Vigilar el sur".

Hoy el horizonte está despejado -decía el mirador del norte-. Algunas gaviotas de plumas níveas se me cruzan delante de los ojos, las sigo con la mirada y giran la cabeza como si supieran que las espío. Busco el norte sobre un fondo azul y me siento desorientado, no encuentro ningún punto de referencia. Las gaviotas disputan en acalorada lucha una captura: será un boquerón; lleva cogido de su pico granate una tira de plata y gris. Ahora ha cambiado el tono del agua. Se han dibujado carreteras sobre la superficie del mar con la brisa de poniente. Parecen caminos que llevan a lugares remotos. Se ha formado un camino bajo el cantil, junto a los farallones. Se dirige hacia el norte. ¿Habrá otro en el norte que sea mirador del sur? Si así fuera, le haría señales de luz durante el crepúsculo. Y no me sentiría tan solo.

¡Ha vuelto la paloma con un mensaje! -dijo Ketu-. Leí su soledad, su dolor por su hijo y sus compromisos de vigilante. No es fácil ser defensor de un bastión del mundo de occidente. ¿Quién quiere a un desconocido

que trae una carga de sufrimientos?'. Llevo la misiva a casa, la leo a mi mujer, a mis hijos, a mis padres y a los ancianos. Ellos me dicen que le cuente cómo trabajamos: "Hoy hemos vareado los olivos con mi mujer y mis hijos -me falta el mayor: Bangou-, seleccionamos las mejores aceitunas para el molino, y el primer zumo de la prensa lo reservamos para la cocina cuando viene un huésped. La otra parte es para la casa y una parte para la aldea y los ancianos. Bangou se embriagó de tu mundo, se llevó lo que pudimos darle. Para llegar a tu mundo hay que atravesar otros infiernos".

Hay cuatro págalos en la orilla algosa. Los cuatro miran al norte. Puestos así, parecen pequeñas rocas traídas por las olas. Miran al norte porque están planeando un viaje, como yo. También hay gente junto a la orilla, en la arena seca y cálida del mediodía. Miran al norte, como los págalos, con la cabeza alta esperando los olores que viajan con los aires de otras tierras. Lánguidas olas del tiempo de calma chicha arrullan las arenas. Hay más gente y están agrupados: unos sentados sobre sus piernas, otros permanecen en cucullas. Las mujeres están aparte, algunas con niños. Parecen una bandada de pájaros apostados esperando un viento favorable, que uno levante el vuelo para luego los demás seguirle. Esperan el aviso del Gerifalte. Está la marea alta y comienza a levantarse una brisa. El Gerifalte se pone en pie y observa el cielo por donde viene el aire. Ha pasado una sombra sobre todos ellos. Los págalos baten sus alas desperezándose. El Gerifalte ha dado una orden. Todos se arriman a las barcas. Los pájaros baten con más brío sus alas y levantan el vuelo. Se suspenden en el aire como cometas esperando el viento definitivo. Ahora todos empujan las barcas, se introducen en el agua hasta las rodillas y saltan en su interior. Todos han partido como dispuestos en una misma migración. Así se marchó mi Bangou. He decidido no medir el tiempo. Quisiera ir con ellos.

>>La paloma llegó del norte a la atalaya. Traía otro mensaje. Se giró, estremeció sus alas y oteó el horizonte. Leí en voz alta: "Yo tengo árboles que no cuido. Los acebuches antes eran olivos y los pájaros se comen las aceitunas. Pasan los pájaros migratorios, los halcones, las tórtolas y las cigüeñas a saciar su hambre". Esta noche leí la carta a mi mujer y ella me dijo: Ketu, muéstrala a los ancianos. Estos me dijeron, cuéntale que comemos: "Después de recolectar el mijo, mi mujer lo machaca en un mortero de madera hasta hacer harina; luego la amasa y cuece en el horno de adobe y leña. El agua la acarrean mis hijas menores en garrafas con el mulo y mi hijo el mayor, Bangou, cuidaba del rebaño en el monte. ¿Lo has visto llegar? La leña la recoge mi hija Zora. Dejé semillas para la aldea y los ancianos, guardé para mi casa y vendí en el mercado a cambio de alimentos y herramientas. Nos alimentamos de mijo y ñame, y los días

de fiesta comemos pangolín. Al huésped reservamos el mejor bocado”.

Mis hijos abren la nevera cuando tienen hambre, no trabajan para ganarse el sustento –dijo Gabriel, el mirador del sur-. Soy el vigilante de esta costa y tengo órdenes precisas. Las personas no deberían pasar necesidad. He traído trigo para la paloma. Esta noche han aparecido tres ahogados. Los págalos volaron sobre ellos.

>>He bajado a la playa rocosa. La noche está iluminada con la luna llena y riela un camino de luces de plata hasta la arena de olas sinuosas. Todo parece en calma. Una nube oculta la luna, se oscurece y me siento tenso, alerta y dispuesto a escudriñar la noche. Nadie puede pisar esta orilla. Crujen mis pasos hundidos en la arena. Las masas de rocas me confunden, parecen personas y las sombras del mar son barcas invasoras. Tengo que vigilar para cuidar mi mundo, son las órdenes.

Hay un mundo mejor para todos -dijo Ketu, el mirador del norte-. Los tratantes han recogido las pateras en las cabañas. Esta noche saldrán cargadas de fardos. No habrá luna. En el promontorio de poniente hay algún que otro guardia. Sin embargo, ellos se frotan las manos y toman el té con el Gerifalte. Siento en los pies la cálida arena que conserva el sol del día. Me inclino. Recojo el esqueleto de un erizo de mar y contemplo la constelación de puntos siguiendo un orden dispuesto, un todo ordenado. Paso ante ellos, los tratantes, expuesto a sus miradas, inclino la cabeza con gesto de saludo. Me responden con la mano, pero no nos hablamos. Están preparando la mercancía. Antes eran pescadores de cabotaje, ahora son lacayos del Gerifalte. Se aproximan las sombras a la orilla, pero en mi atalaya aún llegan rayos de luz. Aquí estoy en mi tierra y a la vez me siento extraño. Entre los matorrales verdes y violáceos, se encuentran hombres y mujeres bajo toldos. Calientan las marmitas. En el aire flotan familiares olores de hierbas. Han entregado su destino al tratante. Conscientes en dar el paso en el laberinto del infortunio, tras el que se les abre una puerta y otra se cierra. Son jóvenes. Y yo también me siento viajero. Nos persigue el hambre como la sombra ondulante sigue al cuerpo, navegando entre la topografía del terreno en busca de otra orilla. Es el preludio de mi viaje, quizá de desdicha.

Y le escribo: “La paloma terminará a tu lado si le das trigo. Tu gesto te honra. Siento tristeza por esas personas ahogadas, por esas vidas perdidas. La muerte ha truncado sus sueños. Sus almas ya no regresarán con la luz del día. Ciérrale los ojos. Nosotros lavamos los cuerpos. Los hombres a los hombres, las mujeres a las mujeres y los envolvemos en sábanas blancas de algodón. Se entierran del costado derecho mirando la cabecera al Este. Rezaré por ellos. Mi hijo tiene dos marcas en cada

mejilla, parecen los surcos dejados por sus lágrimas. ¿Lo has visto pasar, acaso?"

Llegan los hombres oscuros -dijo el vigilante Gabriel-. Veo barcas silenciosas empujadas por las olas. Ladridos ásperos suenan lejanos. Me siento nervioso, me muevo de acá para allá. Preparo el protocolo de alarma, doy la voz de alerta. Bajo las escaleras hasta la playa pertrechado de arma y foco. Soy una sola persona, he de valerme hasta la llegada de refuerzos. Ilumino con un faro en la oscuridad del mar. Corro hundiéndome en la arena, llevo la respiración agitada, mis pasos se ralentizan y por más que corro nunca llego, como un mal sueño. Están saltando de las barcas a la orilla. Alumbro y tras las detonaciones del alto se hincan de rodillas en la arena. Otros huyen en dirección contraria; escapan como bandadas de pájaros espantados. Los detenidos son jóvenes, muy jóvenes. En la oscuridad distingo sus ojos vítreos, que parecían saltárseles de temor. Miro las caras buscando surcos de lágrimas. Repito: Bangou, Bangou, Bangou... Las figuras de hombres desconocidos se confunden en las sombras. Busco al negrero, al piloto que se escabulle entre las cabezas azabaches; con movimientos felinos trepa por el roquedal, da un traspiés, le atrapo y apreso. Han llegado los refuerzos. Controlamos al grupo. Envueltos en mantas son trasladados en los furgones. Estas personas sufren. Hay multitud de personas que sufren. Estos son los pensamientos que me asaltan en la noche. Ahora me vuelvo tras mis pasos a la atalaya. Soy el vigilante de esta costa que mira al sur.

He dejado todo dispuesto -dijo el mirador del norte-. Ahora es el momento de partir. Los ancianos, la aldea y mi casa; me entregaron cuanto tenían. Me pongo en manos del Gerifalte y los tratantes para recuperar a mi hijo. Siento una infinita zozobra y no sé qué me deparará el destino. Salimos al anoecer. Una ligera y tenue llovizna refresca la tarde húmeda. Veo los paquetes que ocultan los tratantes. Me quedo a la espera junto a la cabaña hasta el aviso de partida. En este viaje hay varias tandas de personas repartidas en grandes barcas. Ya han cargado los fardos; ahora nos mandan subir a todos. Pienso en Bangou, es el único pensamiento que me da fuerza. Navegamos sobre un mar inquieto hacia un horizonte incierto. El brillo de las luces de la costa aparecen y desaparecen con el vaivén de las olas".

Aquí está el mar abromado de levante -dijo el mirador del sur- y no se puede cruzar. He escrito mi nombre con rúbrica en los papeles triplicados, en los informes de mi guardia. Y una nota para la paloma de Ketu: "Tu hijo no ha aparecido, pero estaré pendiente, no sufras. Si lo encuentro te

avisaré. Ten fe".

Mi cuerpo se hiela -dijo Ketu-. En el barco no hay un solo resuello. Todos estamos cubiertos por una gran lona. Las fuerzas de la mar gruesa manipulan la embarcación como una hoja seca de árbol que navega en una torrentera. Las barcazas van cargadas. En un golpe de ola, un fardo cae al agua. El piloto ordena a gritos al ayudante. El llanto oculto de un niño se ahoga con el ruido de la mar y los motores. Se aminora la marcha. Un barco más grande se aproxima hacia nosotros, trata de abordarnos. Una frenética actividad traslada bultos a la embarcación. Levanto el toldo y observo al fondo las luces costeras y el pulso de luz intermitente de una luminaria. Será un faro. Entonces nos damos cuentas de que llegamos.

Algo nuevo y extraño se mueve en la pantalla del radar -dijo el mirador del sur-. Observo las marcas y comunico a la central. De nuevo la agitación crece por momentos dentro de mí. Marco la dirección y coordenadas, aviso al servicio aéreo. Son más los puntos luminosos. De nuevo las sirenas, de nuevo los furgones dispuestos en la costa. En las rocas están apostados, pertrechados todos los guardianes. Hay varias patrullas de playa con perros, recorren toda la orilla. Se aproxima un desembarco.

He oído decir al piloto: "Todo el embarque al agua si hay peligro" -dijo Ketu-. Somos menos valiosos que los fardos de drogas que transportan. Ha surgido un rayo repentino de luz. El foco ilumina la embarcación. Avisos por altavoces mandan desistir de seguir. Estamos en peligro. Retiran los toldos y nos dirigimos a toda velocidad hacia los espigones, los pilotos tratan de evitar la playa. Próximo a los primeros escollos mandan saltar: ¡Al agua, al agua...! Empujan a patadas, nos arrojan al mar para salvar la mercancía. La mujer me ha confiado a su hijo en el salto. Saltamos. Nadamos en la desesperación. Trato de mantener al pequeño en la superficie. Me desprendo de todo cuanto me hundiera. No puedo hacerme cargo de la mujer; ella nada como una mosca en un plato de aceite. La gente se agita en un chapoteo de pánico por alcanzar las primeras piedras. El embate del mar golpea algunos cuerpos contra los abrojos. Una ola nos separa. Pierdo de vista a la madre. Desde las piedras más altas tratan de socorrer. Saco al niño lo más arriba y grito desesperado: -¡No te preocupes, hijo, te salvaré, yo te salvaré!-.